

Diálogo confidencial



Teatro Romano,
cuna de mis sueños,
amigo del alma
que duermes sereno.

Tú has sido en mi vida
mi buen consejero;
tú has dado a mi alma
un temple de acero.

Pues cuando en tus ruinas
yo sólo me quedo,
tú me acoges siempre
en tu regazo eterno.

Yo a tí te he contado
todos mis desvelos,
y en tí he encontrado
mi mejor maestro.

Pues cuando sabías
tú mis pensamientos,
con tu voz celeste
me dabas consejos.

Y tú me decías:
¿No ves cómo quedo
en la noche fría
tranquilo y sereno?

¿Tú no te das cuenta
que, de mi tormento,
nadie de mí sabe
ni un sólo lamento?

Ya ves... ¡sirvo de algo!
pues de ente mi cuerpo
nacen flores, té,
tomillo y romero...

A mí me visitan
muchos extranjeros,
y de mí se llevan
hermosos recuerdos.

Pues a ellos evoco
tiempos ya pretéritos,
que temblar hacía
el Sagunto guerrero.

Y en mi escenario
he sido yo el dueño
de obras maestras
de Esquilo y Homero.

Pero de mis mudos
gritos lastimeros,
nadie sabe nada,
sólo Dios, que es dueño.

Puedes ver, amigo,
que, con mi silencio,
por mucho que quieran
yo nada les cuento.

Tú no digas nada;
cosas que... ¡sí has hecho!
pues en este mundo
no todos son buenos.

Yo, al oír de ti
tan sabios consejos,
sólo sé decirte
que estás en lo cierto

Que ya, para siempre,
los llevaré dentro,
y de mí ya nadie
sabrà el sufrimiento.

Sólo a ti te digo,
mi amigo sincero,
que, tú solamente
sabrás mis desvelos.

Y cuando en mi vida
tenga yo un secreto,
me tendrás postrado
ante tí, maestro.

Pues en tu retiro
sublime y eterno
me hallaré más cerca...
¡más próximo al cielo!

Francisco Hernández Guirado

